

## Los ecos del horror Ser analista en tiempos violentos<sup>1</sup>

*Bianca Manrique<sup>2</sup>*

### Resumen

---

El trabajo aborda el quehacer del analista en los tiempos violentos, el impacto del entrecruzamiento de mundos en los pacientes, en los analistas y en el campo analítico.

Busca integrar así mismo, una comprensión psicoanalítica de la huella traumática que el horror deja a su paso. Se pregunta también cómo se representa dicha huella en el psiquismo y cuáles son los caminos hacia la reparación si es que ésta es posible.

En última instancia, el escrito aspira a ser un vehículo para combatir la desmentida. Pretende hablar de un fenómeno para que éste pueda ser pensado y construido como memoria: Poner palabra ahí en donde a veces hay solo silencio.

---

El aire denso, inmóvil,  
el terror, la ignominia.  
Alrededor las voces, el tránsito, la vida.  
Y el crimen está allí.  
Habría que lavar no sólo el piso; la memoria.  
Habría que quitarles los ojos a los que vimos,  
asesinar también a los deudos,  
que nadie lllore, que no haya más testigos.  
Pero la sangre echa raíces  
y crece como un árbol en el tiempo.

*Jaime Sabines (1977)*

---

<sup>1</sup> Trabajo presentado en el 34º Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis FEPAL: “Transitoriedades e Incertezas”. México, septiembre 2022.

<sup>2</sup> Psicoanalista. Ampiep (Asociación Mexicana para la Investigación, Práctica y Enseñanza del Psicoanálisis, A.C.)

En México, los ecos del horror nos alcanzaron a todos. Lamentablemente no retumban desde Ucrania. Vienen de un estadio de fútbol en Querétaro, de un velorio en San José de Gracia, de los puentes de Zacatecas, del pueblo de Aguililla, de un hotel en Celaya, de una fosa clandestina en Veracruz, de las calles de Tamaulipas, Irapuato, Juárez y Tijuana, de hogares situados a lo largo de todo el territorio, donde miles de mujeres son violentadas diariamente.

Convivimos con la marca de lo atroz en lo cotidiano. En 2021 hubo casi 34.000 homicidios (Inegi, 2021). De esos, más de 1.000 fueron tipificados como feminicidios (*El Financiero*, 2022). El número de periodistas asesinados en lo que va del año es de 16 (CNN, 2022). Hace un par de meses la cifra de desaparecidos superó los 100,000 (*El País*, 2022). En abril de 2020, en plena pandemia, se registró un promedio de 100 llamadas por hora relacionadas con violencia sexual, familiar y contra las mujeres (*Equis*, 2020). Qué desolación.

Como psicoanalistas estamos acostumbrados a atestiguar el dolor, los terrores privados. Es la médula de nuestro trabajo cotidiano. De un tiempo para acá, sin embargo, el dolor y el terror son cada vez menos privados, ocurren en la esfera de lo público y nos atraviesan a propios y extraños.

Hoy, como nunca, habitamos en “mundos superpuestos”. Analistas y pacientes navegamos una realidad compartida, sumergidos en el mismo contexto social. Esa realidad se filtra inevitablemente en el espacio analítico de diversas formas. Como lo señalan Puget y Wender (1982), puede irrumpir en la asociación libre, en la transferencia, en la contratransferencia y en la atención flotante, teniendo por lo tanto, múltiples derivaciones en el encuadre, en el proceso, en los pacientes y en nosotros mismos.

Pienso en el entrecruce de mundos y nos imagino a los analistas andando sobre una cornisa, siempre a un paso de caer. Lo cierto es que cuando en efecto caemos frente a las presiones psíquicas impuestas por la realidad –también nuestra–, sucede lo que los Baranger y Mon (1982) señalan sobre los tropiezos del proceso analítico: se pierde la asimetría básica del pacto analítico y hay un enganche inconsciente que va en contra de dicho proceso.

Son diversas las alusiones de mis pacientes a la violencia actual. Los siguientes son algunos ejemplos de frases que aparecen en el material que dan cuenta del fenómeno: “Ayer vi los videos y las fotos de lo que pasó en el Estadio de Querétaro, ya no me pude dormir”, “En la noche vi en Twitter la historia del actor de Televisa que se mató o que mataron y me mal vibró un buen”, “El fin de semana que íbamos de regreso a la casa, nos

equivocamos y nos metimos a una calle cerrada y cuando nos estábamos echando de reversa, entró un coche y nos cerró el paso. Vi la cara de susto de Manuel y automáticamente pensé: Nos van a asaltar o a secuestrar”, “El lunes llegué tardísimo a mi casa por el bloqueo del periférico de los familiares y amigos del chavo de Zona Esmeralda al que mataron en una fiesta... No me importó estar parado en el tráfico, lo que importa realmente es que pasen esas cosas, estuvo horrible, tenía 16 años, era un niño” (Esta noticia, por cierto, fue mencionada por la mayoría de los pacientes ya que sucedió en una colonia cercana a la zona en la que trabajo).

Es difícil abstraerse de los efectos psíquicos que estos acontecimientos promueven. Resulta claro que las consecuencias de vivir en este entorno tienen que ver en la psiquis de cada sujeto, con su singularidad, con la trama de su propia historia y su posicionamiento frente a ello. Aun así, ingenuos seríamos en pensar que el impacto sólo alcanza a los pacientes. Sin duda, el golpe desorganizador de la violencia deja también su impresión en nosotros.

Hablaré de dos momentos en particular en los que la conmoción que el material de mis pacientes provocó en mí fue suficiente para sacarme de mi rol analítico.

Elena se recuesta en el diván. “*Tuve un ataque de pánico de nuevo*”, me dice. Su cuerpo se ve tenso e inmóvil. Procede a relatarme lo sucedido el día anterior. Su esposo estaba en un viaje de trabajo en Tamaulipas. Por la noche, de regreso al hotel, su transporte quedó atrapado en un narcobloqueo, frente a varios vehículos incendiados. Él y sus acompañantes regresaron ilesos después de varias horas de terror. Mientras la escuchaba tuve una repentina sensación de parálisis (la misma que tal vez tenía preso su cuerpo inmóvil) y se me heló la sangre. No fue solamente que la experiencia narrada fuera horribla, sino que escuchando su relato vinieron a mi mente imágenes de una vivencia similar que tuve algunos años atrás.

Habían atrapado a uno de los líderes del cártel *Los Caballeros Templarios*. Como respuesta, la organización criminal bloqueó diversos puntos de la Ciudad de Morelia, donde yo residía. Estaba trasladándome con mi hijo de meses, que me acompañaba en la parte trasera del coche. Al detenerme en un semáforo, vi sujetos armados bajarse de una camioneta y prender fuego al carro que iba frente a mí. Aún no sé cómo, pero logré rodear otros vehículos y salir a una calle lateral, poniéndonos a salvo. A unas cuadras estaba el centro de estimulación temprana al que nos dirigíamos. Ahí nos resguardamos hasta que fue seguro salir.

Mi paciente seguía hablando, pero yo estaba de vuelta en Michoa-

cán y en esos momentos de terror. Dejé de escucharla (¿o tal vez la estaba realmente escuchando en su horror?). Frente a la activación del trauma, mi capacidad para pensar fue obliterada. Percatarme de ello y recuperar el aparato psíquico bajo asedio fue un primer paso. Cavilé sobre cuál sería una respuesta “normal” frente a lo vivido, cuánto de la angustia de muerte se conectaba con su pasado remoto, con La pérdida. Me pregunté qué era compartido, qué era mayoritariamente mío y qué le pertenecía solo a ella. “Pensar en perder a Andrés, como cuando perdiste a tu papá, te hace sentir que te mueres”, aventuré. Recobrar la postura analítica cuando la hemos perdido es primordial, sobreponerse al torbellino que nos atrapa y nos mueve en una dirección contraria a lo deseable en un proceso analítico.

Daniela, de 24 años, comienza la sesión señalando: “*Estoy super mal vibrada con lo de Debbani*”. No tuvo que decir más, sabía a lo que se estaba refiriendo. En los días previos, las autoridades de Nuevo León, buscando a una mujer desaparecida, hallaron a otras 5, muertas. Poco después la encontraron sin vida a ella también. Se me abrió un agujero en el pecho: había estado pensando en una ex alumna que fue víctima de feminicidio hacía algunos años. Mi paciente y yo, así como millones más, tenemos que sanar el trauma colectivo de ser mujer en este país. Tenemos un Estado omiso en el mejor de los casos, cómplice las más de las veces, perpetrador en ocasiones. Estamos solas.

Daniela, suavemente, continúa: “*Hablaba con mis amigas ayer y decíamos que es horrible la sensación de que en ningún momento estás segura, sólo es cuestión de tiempo para que te pase algo a ti... No puedo parar de llorar con las historias*”, me dice. Yo poco puedo hacer para no echarme a llorar también. Tengo miedo. Por ellas, por mí.

Después de unos minutos de verme inundada por el miedo y la rabia pude articular un intento de interpretación: “*Qué difícil sentir que eres otra vez esa niña de 5 años, desprotegida y en peligro*”, sugerí. Siguieron asociaciones con respecto al allá y entonces de su abuso, así como conexiones entre su sentir pasado y el presente. Derramó unas lágrimas en silencio. Yo también.

En los dos casos podemos observar cómo la realidad psíquica de ambas participantes, normalmente modificada por el encuentro, pierde su asimetría característica. Se borran los bordes que habitualmente nos muestra la cartografía que nos guía y de no ser conscientes de ello, tiranizados por puntos ciegos, corremos el riesgo de descarrilar el proceso.

No sólo en el consultorio (como las viñetas presentadas lo atestiguan), sino también en la vida diaria, podemos observar cómo el lenguaje

también es atravesado por el horror. De un tiempo para acá, se han sumado como palabras o frases de uso cotidiano que casi no formaban parte de nuestro vocabulario: ejecución, matanza, masacre, ajuste de cuentas, fosas clandestinas, decapitados, madres buscadoras, por mencionar algunas. Y, pese a ello, lo impresionante es que dichas palabras parecen no dar cuenta de la dimensión de ese horror. Las pronunciamos, las leemos, las escuchamos como si se trataran de “sol”, “cielo”, “mesa”. Gracias a la desmentida hacemos un pacto inconsciente con los actos de barbarie, relativizándolos.

La desmentida, que como mecanismo lleva a desconocer las consecuencias de una percepción por considerarlas intolerables, es esperada frente a las dimensiones del horror, e incluso útil. Sin embargo, habría que añadir una variación de dicho mecanismo el cual se inicia no como una acción del individuo, sino como una acción perpetrada desde afuera con consecuencias nocivas para la persona.

En un trabajo anterior (Manrique, 2019) introduje el concepto “desmentida forzada” para referirme al mecanismo a través del cual un individuo es forzado a renegar de los hechos y a desconocer la realidad de sus estados mentales, siéndole así arrancado un trozo de contenido psíquico. Me refería entonces a los familiares de personas desaparecidas cuyos testimonios eran desechados. Por lo tanto, su duelo y su dolor eran desautorizados.

Algo similar sucede ahora de una manera más extensiva: “*Son montajes, los periodistas exageran*”, “*Quieren magnificar la violencia*”, escuchamos al presidente decir frente a los cuestionamientos de los actos de violencia que suceden todos los días. “*México es un país en paz*” dijo en la conferencia de prensa matutina del 29 de marzo, un día después de una masacre en Michoacán en la que fueron asesinadas 20 personas. “*México es un país seguro y de gente buena*”, un estribillo al que recurre cada vez que tiene que explicar un acto atroz.

Así se expresa la máxima autoridad en el país, y secretarios de primer nivel, gobernadores y presidentes municipales siguen su ejemplo. El gobernador de Veracruz negó la desaparición de una mujer, diciendo que ya estaba ubicada y resguardada, la misma mujer que apareció sin vida al día siguiente. “*La capital del país es una de las ciudades más seguras del mundo*”, señaló quién gobierna la Ciudad de México, en la que el año pasado hubo 1,638 asesinatos, según cifras oficiales.

Afuera, las calles bañadas de sangre. Adentro, nos dicen, la vida ha de seguir como de costumbre. Hay mucho de locura en ello. La desmentida forzada es el silencio que enferma y exilia de cualquier futuro posible, ya que aquello traumático no reconocido se queda indefectiblemente en el te-

rreno de lo irrepresentable. Kaës lo expresó mejor: “Lo que se borra como no habiendo tenido lugar, no tiene dónde escribirse para ser pensado y para articular el curso de las historias individuales con el curso de la historia colectiva” (Kaës, 1988 p. 18).

Se observa la construcción de un proceso de melancolización, consecuencia de la prohibición de hacer duelo. Vivir en México, es vivir en luto permanente. Lo que se vive a diario es disruptivo, en términos de Benyakar (2016), convertido en trauma a consecuencia de la desmentida forzada. “El trauma se convierte en hoyo negro en la estructura psíquica”, nos dice Bohleber (2010 p. 94). Se trata de estados mentales sin representación, por lo tanto sin palabra y sin posibilidad de elaboración. Es nuestra tarea, transformar esa experiencia en testimonio. Construir sentido donde no hay más que vacío. El trabajo analítico permite que aquello pueda ser representado, pensado y construido como memoria.

Es necesario combatir el silencio infranqueable. Las palabras que decimos, como señala el poeta Luis Rosales, aún cuando no tienen definición, tienen argumento, cuentan una historia. Así, aunque a veces sea necesario conformarse con apenas tímidas aproximaciones, las palabras nos permiten tejer una narrativa junto con nuestros pacientes, que transforma la vivencia encarnada en trama.

No tengo dudas de que el Psicoanálisis será político o no será. Tenemos una asignatura pendiente como actores sociales, con una responsabilidad. Nos corresponden la denuncia y la rebeldía para evitar el sometimiento a la desmentida forzada. Desde la indignación y la rabia debe surgir un grito ensordecedor que no pueda dejar de escucharse. Bohleber (2010) lo señala: es necesario un discurso social sobre la verdad histórica de los eventos traumáticos y sobre el hecho de su negación, si queremos asomar la posibilidad de elaborarlos.

Ser analista en tiempos violentos es caminar con nuestro dolor a cuestas y, al mismo tiempo, ser vehículo para que otros sigan caminando. Nos toca poner el cuerpo y la mente en la línea de fuego e intentar transformar la experiencia interna, como todos nosotros compartiendo nuestras reflexiones hoy, en acto creativo.

Hoy más que nunca estoy convencida de que en tiempos oscuros, el Psicoanálisis es luz.

## Referencias bibliográficas

- BARANGER, M., BARANGER, W. y MOM, J. Proceso y no proceso en el trabajo analítico. *Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Argentina*. Tomo XXXIX, No. 4: 527-549.
- BENYAKAR, M. (2016). *Lo Disruptivo y lo Traumático. Vicisitudes de un abordaje clínico*. San Luis Argentina: Nueva Editorial Universitaria.
- BOHLEBER, W. (2010). *Destructiveness, Intersubjectivity and trauma*. London: Karnac.
- KAËS, R. (1988). Prefacio en: Puget, J. y Kaës, R. (Compiladores). (1988). *Violencia de estado y Psicoanálisis*. Buenos Aires: Grupo Editorial Lumen.
- MANRIQUE, B. (2019). *Vivos los queremos: Desapariciones en México, injusticia epistémica y desmentida forzada*. Trabajo presentado en el V. Encuentro Interregional de adultos y VI. Simposium de comunidad y cultura de FEPAL “El Psicoanálisis y sus fronteras”.
- PUGET, J. y WENDER, L. (1982). *Analista y paciente en mundos superpuestos*. Psicoanálisis. Vol., IV. No. 3: 503-522.
- SABINES, J. (1977). *Nuevo recuento de poemas*. México, D.F: Joaquín Mortiz.
- <https://www.cnnespanol.cnn.com/2022/08/03/12-periodistas-asesinados-2022-mexico-orix/amp/>. ¿Cuántos periodistas han sido asesinados en 2022 en México?. CNN en Español (2022).
- <https://www.elfinanciero.com.mx/nacional/2022/01/20/femicidios-en-mexico-2021-es-el-ano-mas-violento-contra-las-mujeres/>. Femicidios en México: 2021 es el año más violento contra las mujeres. *El Financiero* (2022).
- <https://elpais.com/mexico/2022-05-18/el-pais-de-los-100000-desaparecidos.html>. El país de los 100.000 desaparecidos. *El País* (2022).
- <https://equis.org.mx/wp-content/uploads/2020/08/informe-dospandemiasmexico.pdf>. Equis. Justicia para las mujeres (2020). Las dos pandemias. Violencia contra las mujeres en México en el contexto de COVID-19.
- <https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2022/do/do2021.pdf>. Inegi (2022).